

Capítulo 169 - Mei hizo bien en preparar a Ying Jia.

"Jaja..."

Su cuerpo se estremeció en sus brazos, un temblor agudo la recorrió como una corriente, sus pechos se agitaron contra su pecho con la repentina inhalación.

—N-no, necesito saber... por qué. —Se mordió el labio —visible a través del velo— antes de levantar sus ojos plateados para encontrarse con los de él, amplios y escrutadores, como charcos de luz de luna líquida que reflejaban su propia mirada carmesí.



"¿Qué es exactamente lo que quieres?" preguntó ella, con voz suave pero con un matiz de silencioso desafío, las palabras vibrando contra su piel donde sus labios casi rozaron su cuello.

Así que no entendía exactamente por qué hacía todo eso, incluyendo salvarla. Aunque afirmaba que era por su cuerpo, al final, si ella recordaba bien, no había ni un rastro de su belleza que ningún hombre se atrevería a ver.

En cierto sentido, se sintió humillada.



Las manos de Tianlong se apretaron sobre ella, un brazo sosteniendo su espalda mientras el otro agarraba su trasero con más firmeza, los dedos hundiéndose en la suave y dócil curva, carne cálida y suave que se formaba bajo su tacto, la seda de su vestido deslizándose sedosamente sobre ella como una segunda piel.

"Tu cuerpo", dijo simplemente, con su voz baja y áspera, y con ese gruñido posesivo que la hacía quedarse sin aliento, dada la forma en que empujaba su abrazo apretando más su agarre sobre su cuerpo.

Él era demasiado rudo.

"¡Jaja ...

Cuando volvió a abrir los ojos, había un brillo decidido en sus profundidades plateadas.

"¿No me vas a dar el regalo de bodas?", preguntó con voz más firme. Pero presentía cómo lo haría por cómo su vestido empezaba a arrugarse en su pierna, exponiéndola al frío exterior.

Se detuvo a mitad de paso y su sonrisa se desvaneció cuando la sorpresa se reflejó en su rostro.

El aire en la habitación se hizo más pesado, las llamas de las velas parpadearon como si contuvieran la respiración.



"¿Quieres algo más que a mí?" respondió, su tono cambiando de juguetón a curioso, su mano en su trasero aflojándose ligeramente, aunque sus dedos todavía se deslizaban y arrugaban su vestido.

—Sí, quiero una respuesta —dijo ella, consciente de que él no estaba bajo control, pues sentía su mano rozando sus muslos expuestos. Era demasiado perverso, porque aunque estaba concentrado en la conversación, sus dedos le rozaban las piernas como si le indicaran que quería hacerlo ya.

Entonces Tianlong se movió y la llevó a la cama.

‘!’

—¡Ah! —Pero en lugar de dejarla con cuidado, la arrojó sobre las sábanas de seda.

Ella cayó de golpe, su cuerpo retrocedió contra el lujoso colchón y una mueca de dolor escapó de sus labios mientras una punzada de dolor persistente de un momento anterior la atravesaba por completo.

El impacto hizo que sus pechos se movieran pesadamente bajo su vestido, la seda se tensó y sus anchas caderas se acomodaron en la ropa de cama como dos melones derramados presionados por su propio peso corporal.



Ella lo miró desde donde había aterrizado, apoyada sobre sus codos, con su velo ligeramente torcido, revelando el rubor en sus mejillas.

Irónicamente, su vestido estaba sobre sus rodillas, arrugado, a diferencia del rostro que aún estaba cubierto.

Se encogió de hombros, sus anchos hombros se movieron casualmente y la luz de las velas jugó sobre su figura cincelada.

"Ahora di lo que quieras mientras me preparo."

Las palabras de Tianlong quedaron suspendidas en el aire, su voz era un retumbar bajo que vibró a través del cuerpo de Ying Jia.



Ella yacía allí sobre las sábanas de seda, su vestido de novia carmesí arrugado por el movimiento, el velo tenue todavía ocultando parcialmente su rostro, el cabello plateado extendido como luz de luna derramada.

La tela se aferraba a sus curvas, la seda roja intensa se estiraba con fuerza sobre sus pechos llenos, los dragones dorados bordados se retorcían sobre los montículos agitados.

Sus anchas caderas presionadas contra el colchón, el vestido subiéndose ligeramente para exponer la piel pálida de sus muslos,

donde tenues marcas rojas de sus agarres anteriores persistían como huellas dactilares en el mármol.

"Pregúntale", dijo simplemente, sus ojos color oro carmesí fijos en los de ella, intensos e inquebrantables.

El pecho de Ying Jia subía y bajaba rápidamente, su respiración era irregular mientras se incorporaba apoyándose en sus codos, la seda se movía contra su piel con un suave susurro.

"¿Por qué... por qué te casaste conmigo?"

Ella siguió mirándolo mientras sus manos se movían para desabrochar su túnica, sus dedos trabajando los broches dorados uno por uno, la tela negra y carmesí se separaba para revelar los duros planos de su pecho: abdominales marcados grabados con tenues rizos, piel dorada tensa sobre músculos que se flexionaban con cada movimiento.

La bata se le deslizó de los hombros, cayendo al suelo, dejándolo con el torso desnudo, su amplia figura cerniéndose sobre ella mientras que su vestido inferior no ocultaba ese bulto.

"Dime", presionó ella, con voz más firme ahora, aunque sus ojos plateados se posaron en la piel expuesta, trazando la línea en V que descendía hacia su cintura.



Ante esto, él se movió, acercándose a la cama, su presencia llenando el espacio, el calor irradiando de su cuerpo mientras se cernía sobre ella.

—Porque odio a tu hijo —dijo sin rodeos, con tono serio, sin malicia, solo la pura verdad—. Quería darle una lección.

Mientras hablaba, se acercó más, el calor de su cuerpo rozando el de ella, y lentamente comenzó a desvestirla, sus dedos encontrando las ataduras de sus hombros.

Al principio tiró con suavidad, la seda carmesí se aflojó y se deslizó por sus brazos poco a poco, dejando al descubierto la piel pálida y brillante de su clavícula, luego las curvas superiores de sus pechos, orbes llenos y pesados que se movían ligeramente cuando la tela se enganchó en sus pezones endurecidos antes de ceder.

Ying Jia sintió que su cuerpo temblaba bajo su tacto, y se le erizaba la piel al despojarse del vestido. Comprendió que la estaban utilizando como marioneta en un gran plan, su valor reducido a una herramienta de venganza.

'¿Fui sólo una herramienta...?'

Incluso antes de que ella pudiera pensar más, él la interrumpió.

"Por eso te estaba buscando", continuó, sus manos empujando la seda hacia abajo, amontonándola en su cintura, revelando sus pechos por completo: enormes y pálidos montículos con amplias areolas rosadas, pezones erectos y fruncidos por el aire fresco, el izquierdo todavía enrojecido por las mordeduras que dejó la última vez, una leve marca de diente rodeando la base.

Al parecer no había eliminado las marcas que le había dejado la última vez, algo que, para ser honesto, él agradecía.

—Y sí te encontré, pero luego vi tu estado. Fue extraño... Te encontré igual que yo. —Sus dedos recorrieron sus costados, enganchándose en la cinturilla del vestido, bajándolo hasta sus caderas, la tela rozando su piel, dejando al descubierto su vientre plano y regordete, y luego el tenue vello plateado sobre su montículo.

Ella parpadeó, mirándolo, sus ojos plateados abiertos y escrutadores, su mirada firme, esperando su reacción mientras él le quitaba el vestido de las piernas, dejándola desnuda excepto por el velo que aún cubría su rostro.

"Tienes varios sellos en tu cuerpo", dijo, sus ojos recorrieron su forma expuesta: su coño ahora desnudo, sus labios exteriores regordetes ligeramente separados, los pliegues internos rosados y brillantes con un toque de humedad, el cabello plateado cortado corto y prolijo, enmarcando su clítoris como un pequeño botón hinchado que asoma desde su capucha.



¿Eh? —Sus ojos brillaron, con una sonrisa burlona dibujando en sus labios al ver cómo ella parecía haberse preparado bien para esta noche. Pero, sin duda, sabía cuál de sus esposas podría estar detrás de esta preparación, lo que le hizo decidir: «Hoy vas a hacer cosplay, Mei...».

